

Tipo de contribución: Artículo empírico

Revista Digital Internacional de Psicología y Ciencia Social
International Digital Journal of Psychology & Social Science

Predictores ecológicos de violencia en jóvenes: Comunidad, familia, pares y estado emocional

Persona responsable del envío: Dra. Elisa Rodríguez-Maldonado

Correo electrónico: **elisa.rodriguez3@upr.edu**

Tipo de contribución: Artículo Empírico

Fecha de Envío: lunes, 20 de febrero de 2017

Predictores ecológicos de violencia en jóvenes: Comunidad, familia, pares y estado emocional

Elisa Rodríguez Maldonado

Universidad de Puerto Rico en Cayey

Nota del Autor

La Dra. Elisa Rodríguez-Maldonado funge como docente e investigadora sobre temas de violencia y Psicología, en la Facultad de Psicología, Departamento de Ciencias Sociales, de la Universidad de Puerto Rico en Cayey.

**Para contactar a la autora: Teléfono 787-738-2161 x – 2176
Correo electrónico elisa.rodriguez3@upr.edu**

Contribución de los autores

La Dra. Elisa Rodríguez-Maldonado es responsable por el diseño y ejecución de la investigación, así como del análisis estadístico y discusión de los resultados.

Extracto curricular del autor principal (máximo 250 palabras)

Elisa Rodríguez-Maldonado obtuvo su grado doctoral en Filosofía en Artes, con concentración en Psicología, de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Fue Directora Ejecutiva de Unísono de Puerto Rico, institución dedicada a diseñar e implantar programas de prevención y adiestramiento para organizaciones, comunidades e individuos. Actualmente se desempeña como Catedrática Auxiliar en la Universidad de Puerto Rico en Cayey, Facultad de Psicología, Departamento de Ciencias Sociales.

Imagen del autor principal (100pix X 100pix formato jpg, png, gif)



Resumen

Basándose en los supuestos de Bronfenbrenner, el estudio exploró si un arreglo estructural de factores de distintos niveles contextuales se ajusta a lo esperado teóricamente, para explicar la conducta violenta en una muestra de 431 jóvenes de la Región Educativa de Cidra. Se especificó un modelo de rutas en el que se estimaron los efectos de las variables, “percepción de violencia en la comunidad”, “ausencia de violencia intrafamiliar” e “influencia negativa de los pares”. Se estudió además el efecto mediado por “inestabilidad emocional”. En los hallazgos, la varianza explicada para la conducta violenta fue de $R^2 = .54$, y para la inestabilidad emocional fue de $R^2 = .28$. Lo que muestra la alta influencia de estas variables en su conducta violenta. Se discute la dirección y la magnitud del efecto de cada factor y la necesidad de incluirlos en el diseño de estrategias para la prevención de violencia en jóvenes.

Keywords: Violencia intrafamiliar, jóvenes, inestabilidad emocional, Bronfenbrenner, modelo ecológico

Abstract

Based on the ecological assumptions of Bronfenbrenner, the study explored whether a structural arrangement of factors at different contextual levels are in line with what was theoretically expected, to explain violent behavior in a sample of 431 students from the Cidra Educational Region. A path analysis model was specified, in which effects on young people's violent behavior were estimated for three variables, "perception of violence in the community", "absence of intrafamily violence" and "negative influence of peers ". The mediator effect of the "emotional instability" was also studied. The results indicated that all the factors of the model contributed significantly, explaining 54% of the variance of violent behavior, and the 28% of emotional instability. The direction and magnitude of each factor, and the need to include these factors in the design of strategies for youth violence prevention and other implications for practice is discussed.

Keywords: Family violence, youth, emotional stability, Bronfenbrenner, ecological model

Predictores ecológicos de violencia en jóvenes: Comunidad, familia, pares y estado emocional

Introducción

La conducta violenta en jóvenes es un fenómeno que presenta múltiples complejidades y variantes. En Puerto Rico, se ha intensificado la violencia entre jóvenes en los últimos diez años, viéndose éstos involucrados en muertes, atentados contra la vida, escalamientos, y otros actos violentos (*Policía de Puerto Rico, División de Estadísticas de la Criminalidad, 2015*). Muchas veces estos actos han estado relacionados con las dinámicas que origina el mundo del narcotráfico, la crisis de valores prosociales, la desigualdad social, y otras causas, que se reproducen en las diversas esferas en las que se desarrolla el joven, tales como la familia, los grupos de pares y la comunidad. Son precisamente estos nichos ecológicos, familia, grupos de pares y comunidad, áreas esenciales a las cuales prestar atención al momento de diseñar intervenciones para prevenir violencia en estas poblaciones.

El presente estudio exploró la influencia de estos factores de niveles sistémicos distintos, a saber, la percepción de violencia en la comunidad, la ausencia de violencia en la familia, la influencia negativa de los pares y la inestabilidad emocional, en la conducta violenta en jóvenes. Deseábamos evaluar si la presencia o ausencia de violencia en estos niveles sistémicos ejercen una influencia importante en el desarrollo de conductas violentas en la adolescencia, y además conocer cuál es la magnitud de estas influencias. Se pretendió analizar los efectos directos de estos factores por sí mismos en la conducta violenta y además su influencia mediada por el estado emocional del joven. Con este fin, se midió a través de un cuestionario, el comportamiento de estas condiciones contribuyentes a la conducta violenta en jóvenes en el Distrito Escolar de la Región de Cidra, en Puerto Rico. El objetivo consistió de probar si un arreglo estructural de influencias de factores se ajusta a lo esperado teóricamente, según lo reportado en la literatura científica sobre el tema. Se

espera obtener evidencia de que factores en la ecología del individuo influyen en su conducta violenta (Hong, Kral, Espelage y Allen-Meares, 2012; Swick y Williams, 2006; Bronfenbrenner, 1994;).

Estudiar conducta violenta desde los modelos sistémicos ecológicos

Son numerosos los acercamientos teóricos que se han elaborado sobre las nociones de sistemas y sus leyes de funcionamiento. Ya desde la década de 1940, la Teoría General de los Sistemas del biólogo y filósofo austro-húngaro Von Bertalanffy (1968), impulsó la tendencia de la investigación científica a trascender las explicaciones mecanicistas de finales del siglo XIX y principios del XX sobre los fenómenos humanos. En esta tradición fundadora de los estudios de sistemas vale la pena mencionar al sociólogo alemán Luhmann, a los biólogos y filósofos chilenos Maturana y Varela, y al psicólogo ruso estadounidense Bronfenbrenner. Estos destacados pensadores de base argumentaron en su época la necesidad de ampliar la mirada y atender las interacciones dialécticas de procesos, comunicación y significado, de lo sistémico. El modelo ecológico propuesto por Urie Bronfenbrenner (1994) es probablemente uno de los que mejor expone estas interacciones entre niveles micros, intermedios y macros de influencias y transacciones entre los factores de la conducta y el desarrollo humano. El Modelo Ecológico General de Bronfenbrenner asume dos proposiciones fundamentales (Bronfenbrenner, 1994):

1. El desarrollo humano se lleva a cabo a través de procesos de interacciones recíprocas progresivamente complejas entre un organismo humano activo en evolución biopsicológica y las personas, objetos y símbolos en su ambiente inmediato, por un periodo extendido, de forma regular (llamados procesos proximales).
2. La forma, poder, contenido y dirección de estos procesos proximales que efectúan el desarrollo varían sistemáticamente como una función conjunta de las características de la

persona en desarrollo, del ambiente (tanto inmediato, como remoto), en los cuales se está llevando a cabo el proceso, y la naturaleza de los resultados de desarrollo bajo consideración.

Con estos dos postulados principales resume Bronfenbrenner toda una serie de trabajos que fundamentan su teoría ecológica del desarrollo y que suministra la guía conceptual que enmarca esta investigación. El diseño de investigación que permite el estudio simultáneo de estas transacciones sistémicas se conoce como modelo proceso-persona-contexto, donde el poder de los procesos proximales varía sistemáticamente en función del contexto ambiental (violencia comunitaria, familiar, en los pares) y las características de la persona. También los procesos proximales tienen el efecto general de servir como reductores o amortiguadores contra las características del ambiente de niveles superiores, o, de forma contraria, amplificadores de los efectos en el resultado de la conducta de la persona.

Basándose en la teoría de campo de Lewin, Bronfenbrenner plantea su modelo explicativo del desarrollo en el que diferentes áreas de influencia quedan contenidas unas dentro de otras (Bronfenbrenner, 1994). Al nivel de influencias más inmediato de la persona en desarrollo le llama microsistema, donde incluye las interacciones entre el individuo y su entorno inmediato. Estas contienen las relaciones de cara a cara entre el individuo y su familia, escuela, amigos, y otros. En un segundo nivel de interacciones ubica al mesosistema, el cual consiste de las interacciones entre dos o más microsistemas, tales como sería la relación que puede existir entre la familia y las influencias de los pares. El exosistema es el tercer nivel del modelo y comprende los nexos y procesos que ocurren entre dos o más escenarios, con la característica de que en uno de ellos no está presente la persona en desarrollo. Ejemplo de un exosistema es la relación entre la violencia familiar y los contextos vecinales o comunitarios en los que se encuentre inmerso un adolescente.

Un cuarto nivel, denominado macrosistema, trae a consideración el patrón general de microsistemas, mesosistemas y exosistemas que distinguen a la cultura del contexto estudiado, tal como la violencia en la sociedad. Finalmente, Bronfenbrenner extiende los niveles de análisis al cronosistema, donde distingue la importancia de incorporar los cambios y consistencias en el tiempo que presenta, no sólo la persona, sino el contexto histórico y los eventos sociales en el cual ésta se desarrolla.

Las dinámicas de influencia de los niveles ecológicos en las personas tienen lugar, en dos campos: el de la percepción y el de la acción. Para Bronfenbrenner, en el campo de la percepción, se observa en qué medida el punto de vista que tiene de la sociedad el individuo incluye otros entornos en los que ha participado activamente, las relaciones entre estos escenarios, la naturaleza y la influencia de los contextos externos con los que no ha tenido contacto inmediato, y los patrones de organización social, creencias y estilos de vida específicos de la cultura (Bronfenbrenner, 2002). El campo de la acción, se refiere a la capacidad, o incapacidad, de la persona para utilizar estrategias efectivas, para tener retroalimentación sobre los sistemas de niveles lejanos, para que estos sistemas continúen funcionando, y para reorganizar los sistemas existentes, o crear nuevos, de órdenes comparables o superiores, que se adecúen a sus deseos y necesidades (Bronfenbrenner, 2002). De esta forma, Bronfenbrenner explica a nivel ontogénico la presencia de elementos cuyo origen pueden ser más distales al individuo.

En resumen, la teoría ecológica social postula varios puntos principales (Voith, Gromoske, y Holmes, 2014, Boxer, Huesmann, Dubow, Landau, Gvirsman, Shikaki y Ginges, 2013; Bronfenbrenner, 1977). En primer lugar, los factores en los niveles más distales al individuo tienen una influencia más débil en el desarrollo. En segundo lugar, los factores más proximales al individuo tienen una mayor influencia. En tercer lugar, no hay un solo factor que por sí mismo

determine el desarrollo (Bronfenbrenner y Crouter, 1983). Los jóvenes que han experimentado violencia familiar la han experimentado en el microsistema porque la violencia fue dirigida a ellos. Como hemos mencionado, el mesosistema incluye interacciones de dos o más microsistemas y se considera una posición distal de segundo orden con relación al microsistema. Un joven que ha sido testigo de violencia familiar y esta condición afecta a su vez la influencia que tienen sus pares, habría estado expuesto a la violencia en este nivel (Frías y Gaxiola, 2008). Los exosistemas se consideran parte de las estructuras sociales de orden superior, y se ubica a dos posiciones de distancia del individuo. Por ejemplo, vivir en una comunidad insegura con una elevada tasa de delincuencia podría considerarse una forma de exposición a la violencia de este nivel, aunque los efectos en el joven pueden operar mediados a través de factores en otros niveles. A tales fines, en lugar de medir la violencia acumulativa por el número de tipos de violencia que se vive, la violencia acumulativa se puede medir por el número de ámbitos ecológicos en los que una persona puede estar expuesta a la violencia (Voith, Gromoske y Holmes, 2014).

El estudio incluyó factores de nivel microsistémico, mesosistémico y exosistémico, planteando que las características del entorno afectan positiva o negativamente las manifestaciones de violencia en los jóvenes, y deseamos explorar la magnitud de estas influencias directas. En los niveles microsistémicos indagamos sobre el efecto que puede tener un ambiente familiar libre de violencia en la conducta de los jóvenes, así como sobre las influencias que pueden aportar los grupos de pares que presentan conductas violentas. Entendemos que la contribución de la ausencia de violencia en la familia y la influencia negativa que pueda tener el grupo de pares en la conducta violenta de los jóvenes estará mediada por características a nivel ontogénico, tales como la inestabilidad emocional de la persona. En el nivel mesosistémico, proyectamos una asociación entre los factores de microsistemas ausencia de violencia en la familia e influencias negativas de

los pares. Además, proponemos que la violencia percibida en la comunidad, de nivel exosistémico, tiene un efecto en la conducta violenta, tanto directo, como mediado por la inestabilidad emocional del individuo. La percepción de violencia en la comunidad también estará asociada a los factores de microsistemas ausencia de violencia en la familia e influencias negativas de los pares.

Acepciones de la conducta violenta en jóvenes

En ocasiones, se utiliza la frase conducta violenta como sinónimo de otros conceptos. Veamos algunos ejemplos. Aunque guardan algunas congruencias, los términos “trastorno de conducta” o “trastorno de personalidad antisocial” hacen referencia a las implicaciones clínicas-psicopatológicas, que pueden estar presentes o no en las conductas violentas. Dicho de otra manera, para que haya un diagnóstico clínico tienen que cumplirse criterios de deterioro significativo de las actividades sociales, académicas o laborales del individuo.

De la misma manera, la noción de “conducta delictiva” se apoya en el marco jurídico, donde infringir y violentar las leyes y normas sociales es el criterio. Por su parte, la acepción sociológica de “conducta desviada” implica a “aquellas conductas, ideas o atributos que ofenden (disgustan o perturban) a los miembros de una sociedad (aunque no necesariamente a todos)” (De la Peña-Fernández, 2010). En este sentido, la desviación no es una cualidad intrínsecamente ligada a ningún tipo de acto, sino que una determinada conducta podrá categorizarse como “desviada” sólo con referencia a un contexto normativo, social y situacional definido (De la Peña-Fernández, 2010). Nuestra definición de conducta violenta en jóvenes propone entonces abarcar conductas que producen daño físico o emocional a personas, incluyendo a sí mismo, o daño a propiedades, independientemente de que haya repercutido o no, en consecuencias legales, o médicas.

En este trabajo hemos llamado conducta violenta en jóvenes a cualquier forma de conducta física o verbal dirigida a dañar o agraviar, independientemente de que se presente con animosidad o como vehículo para alcanzar un objetivo, incluyendo, pero no limitándose a, lo que en estudios relacionados (Burnette, Oshri, Lax, Richards y Ragbeer, 2012; Slattery y Meyers, 2014) se ha englobado bajo el concepto de conducta antisocial. De esta forma, nos referimos además como conducta violenta o antisocial a cualquier tipo de conducta que conlleve el infringir las reglas o normas sociales y que represente una acción contra los demás, independientemente de su gravedad o de las consecuencias que a nivel jurídico puedan acarrear (De la Peña-Fernández, 2010). Preferimos en este caso utilizar el término *conducta violenta*, con el propósito de realizar la distinción de lo que constituyen definiciones que guardan cierta similitud, tales como “desorden de conducta”, “trastorno de personalidad antisocial”, “conducta delictiva” y “conducta desviada”, pero que limitan el campo de estudio a la psiquiatría, la criminología o la sociología.

Comunidad, familia, pares, estado emocional y la conducta violenta en jóvenes

En la literatura psicológica mencionada encontramos a la conducta violenta en jóvenes analizada, tanto a partir de un factor específico único, como en su relación con algunos escenarios de microsistemas. Estudios previos (Stoddard, Zimmerman y Bauermeister, 2012; Salzinger, Ng-Mak, Feldman, Kam, y Rosario, 2006) con adolescentes han demostrado cómo diferentes factores de violencia o sus interacciones afectan a una persona o grupo en contextos determinados. El nivel de atención, los problemas de aprendizaje, el comportamiento antisocial, la desesperanza, presenciar violencia, y ser víctima de violencia son algunos de los factores estudiados que han sido asociados con niveles altos de agresión y violencia en jóvenes (Cedeño, Elia, Kelly, y Chu, 2010; Stoddard, 2012). Por otro lado, factores a nivel individual como

habilidades sociales, el rendimiento escolar, la involucración con la escuela, y un sentido de esperanza y propósito han sido considerados promotores de conductas no violentas (Borowsky et al., 2008; Cedeño et al., 2010; Durant, Cadenhead, Pendergrast, y Slavens, 1994; Farrell et al., 2010; Resnick et al., 2004).

Diferentes investigaciones han explorado los efectos de factores, tales como la violencia en la comunidad, la violencia en la familia, la influencia de los pares y el estado emocional, que se estima aportan al desarrollo de la conducta violenta o antisocial en la juventud. Slattery y Meyers (2014) identifican tres factores que afectan el desarrollo de conducta antisocial en jóvenes. Estos investigadores, y otros, plantean la existencia de una asociación entre el bajo nivel de supervisión de los padres (Burnette, Oshri, Lax, Richards, y Ragbeer, 2012; Graber, Nichols, y Lynne, 2006), la afiliación del adolescente con compañeros problemáticos (Keenan, Wroblewski, Hipwell, Loeber, y Stouthamer-Loeber, 2010; Salzinger, Ng-Mak, & Feldman, 2006), y la exposición de los adolescentes a la violencia dentro de su comunidad (Farrell, y Sullivan, 2004; Gorman-Smith, Henry y Tolan, 2004) con el desarrollo de conductas antisociales violentas. La involucración con pares violentos y la exposición a violencia comunitaria probaron ser factores importantes de la conducta violenta en jóvenes en este estudio. No obstante, en sus resultados finales, el monitoreo de los padres y el ambiente familiar no se reflejó como un predictor importante de conducta antisocial, distinto a sus expectativas. Explican estos investigadores que en un tipo de conducta violenta visible, directa y confrontacional, el monitoreo de los padres no se relacionó con menor grado de violencia manifestada, aunque sí mostró algún grado de influencia en un tipo de violencia más sutil e indirecta. Los autores atribuyen la pobre influencia de la supervisión de los padres y el buen ambiente familiar en las manifestaciones de conducta antisocial de sus hijos a un componente

reactivo e impulsivo de los actos agresivos, que alude a la falta de control emocional, aún en presencia de elementos moduladores, tales como el monitoreo de los padres.

La violencia intrafamiliar es un factor que aparece en la literatura relacionado con manifestaciones de conducta violenta en jóvenes. Tanto las experiencias de violencia directa recibidas en el núcleo familiar (haber sido objeto de maltrato físico o emocional), como las de violencia indirecta (haber presenciado episodios de violencia entre los padres) parecen aportar al desarrollo de inestabilidad emocional, problemas psicológicos, dificultades escolares y conducta violenta en la adolescencia. Para Frías y Gaxiola (2008) “la violencia familiar produce problemas de ajuste conductual, social y emocional, que se traducen en conducta antisocial en general, depresión y ansiedad, y problemas en la escuela” (Frías y Gaxiola, 2008, p.238). *Tres décadas de investigación sobre maltrato en niños: implicaciones para los años escolares (traducción del título es de la autora)* fue una extensa revisión de estudios científicos publicada en 2001, por Veltman y Browne. En ella se demuestra que en el 75% de las investigaciones entre los años 1966 y 1999, el maltrato infantil en la familia se asociaba con el retraso en el desarrollo cognitivo o intelectual, con el rezago en el lenguaje y con un pobre rendimiento académico (Veltman y Browne, 2001). Las experiencias de violencia intrafamiliar en la niñez incrementan la probabilidad de problemas de conducta en la edad escolar, acompañados de comportamiento opuesto a las reglas y pobres destrezas de autocontrol, características consistentemente asociadas con conductas violentas (Resnicow, Ross-Gaddy y Vaughan, 1995). A su vez, los bajos índices de ejecución académica y los problemas escolares asociados con proceder de un hogar violento, se relacionan con la conducta antisocial, tanto en los años de adolescencia, como luego en la etapa adulta (Frías y Gaxiola, 2008).

La exposición a la violencia en la comunidad también se ha asociado de manera recurrente con comportamientos agresivos, ambos situacionales y personales. En la adaptación a las comunidades violentas o barrios peligrosos, los jóvenes pueden usar la agresión para poner orden en ambientes impredecibles y ver la agresión como método eficaz para producir resultados deseables (McMahon, et al, 2013; Lutzman y Swisher, 2005).

Margolin, Vickerman, Oliver, y Gordis (2010) analizaron los efectos de la exposición a diversos tipos de violencia (violencia conyugal, agresión física a los jóvenes y violencia en la comunidad) en diferentes dominios interpersonales de los jóvenes. Encontraron que mientras que algunos síntomas adversos en jóvenes estaban relacionados con varios dominios de la exposición a la violencia, otros fueron más claramente relacionados con un dominio específico de la violencia. La ejecución en la escuela se vio afectada por la exposición a cualquiera de los dominios de violencia. Las conductas delictivas se relacionaron de manera significativa a la violencia intrafamiliar, específicamente a la agresión de los padres dirigida a los jóvenes y a la agresión física conyugal. La ansiedad y la inestabilidad emocional se relacionaron únicamente con la agresión conyugal física, derivada de las preocupaciones de los jóvenes por la falta de control sobre el conflicto, y por sus preocupaciones por su propia seguridad y por el bienestar de la familia. La violencia en el hogar entre los padres, donde los jóvenes fueron testigos, predijo conductas de internalización en ellos (inestabilidad emocional), mientras que la disciplina física predijo conductas de externalización (conducta violenta). La violencia comunitaria se relacionó a niveles altos de sobreexcitación en los jóvenes y contribuyó a los efectos de los otros tipos de violencia, manifestada en síntomas de depresión en los adolescentes, inestabilidad emocional y dificultades escolares (Margolin, Vickerman, Oliver, y Gordis, 2010).

En el 2014, los investigadores Voith, Gromoske y Holmes revisaron la investigación de Margolin et. al. (2010) y propusieron un examen más detallado de los efectos acumulados de la exposición a diferentes tipos de violencia, argumentando que los niños y jóvenes expuestos a múltiples formas de violencia (por ejemplo, victimización directa y exposición a violencia familiar) han demostrado sintomatología más compleja, en comparación con los expuestos a una sola forma de violencia (Voith, Gromoske y Holmes, 2014). La polivictimización o exposición a violencia acumulada se define como la exposición a múltiples formas de violencia (Finkelhor, Ormrod y Turner, 2007). Voith, Gromoske y Holmes (2014) discutieron la importancia de ampliar la conceptualización teórica de la violencia y estudiar los efectos de la violencia acumulada y la exposición a ella por zona ecológica, es decir, los efectos diferenciales de la victimización directa, la exposición a la violencia familiar y a la vida en una comunidad violenta. Estos autores apuntan a la necesidad de estudios adicionales sobre los efectos de la violencia acumulada a través de distintos niveles de influencia en la conducta.

La investigación científica apoya para estos fines explicativos miradas sistémicas y ecológicas, ya que se sugiere que el comportamiento violento y/o prosocial están asociados tanto a factores individuales, como a factores contextuales y sus transacciones (Cummings, Goeke-Morey, Merrilees, Taylor, y Shirlow, 2014; Edwards y Bromfield 2009; Stoddard, Zimmerman y Bauermeister, 2012; Swick y Williams, 2006). La evidencia sugiere que un vecindario que contiene factores protectores contribuyen al comportamiento prosocial (que benefician a a otras personas, o a la sociedad en general) (Edwards y Bromfield 2009), pero se necesita más investigación con diversas poblaciones para construir una mejor comprensión de los contribuyentes importantes al desarrollo de conducta violenta a través del tiempo. Algunos

investigadores del tema (McMahon, et al., 2013) explican que al presente no hay un consenso al examinar la relación entre exposición a la violencia y cómo ésta conduce al comportamiento antisocial o pro-social. Señalan que existen estudios (Van der Merwe y Dawes, 2000, citado en McMahon et al., 2013) en los que se encontró que a pesar de los altos niveles de exposición a la violencia comunitaria, un mayor comportamiento agresivo y un déficit en la autorregulación, los jóvenes siguieron mostrando niveles relativamente altos de resultados prosociales. Por otra parte, en la adolescencia temprana suceden desarrollos del razonamiento cognitivo y moral de orden superior, que esperaríamos estuvieran asociados con comportamientos prosociales (Stoddard, et al., 2013). Mientras, otros autores del tema (ver McMahon, et al., 2013) han encontrado una relación inversa entre la exposición a la violencia en la comunidad y el comportamiento pro-social.

Es probable que esta inconsistencia en resultados se deba a variables moduladoras que se han quedado fuera de las propuestas teóricas y que producen efectos importantes mediando en la relación entre exposición a violencia en la comunidad y las manifestaciones de conductas violentas en los jóvenes (Posada y Parales, 2012). Esta diversidad de conclusiones en cuanto a cómo afecta la violencia social y comunitaria apuntan a la necesidad de investigación adicional que examine la relación entre los múltiples factores ecológicos y cómo se potencian (o no) a través de los dominios de exposición e influencia (McMahon, et al., 2013; Stoddard et al. 2012b).

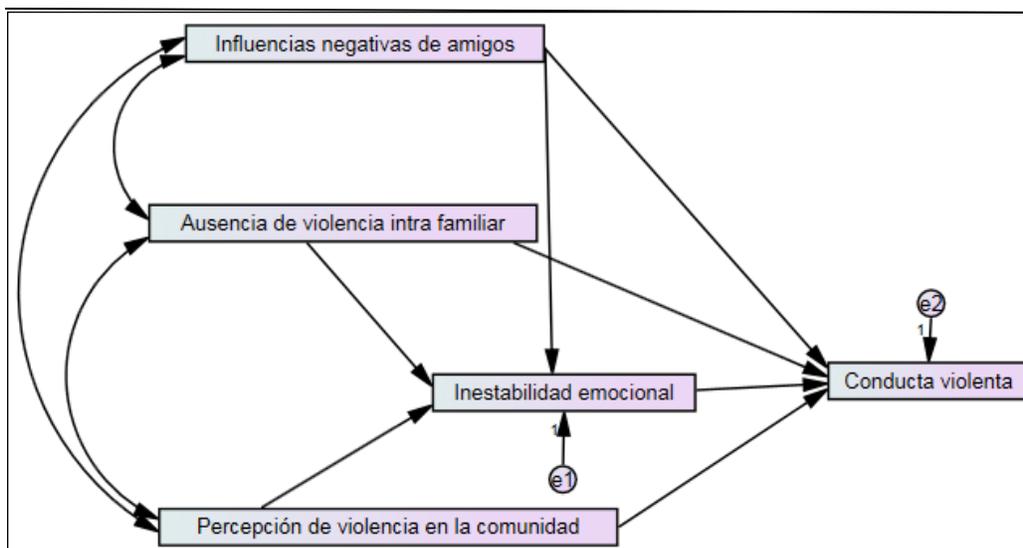
Como hemos mencionado, el presente estudio tiene como objetivo examinar las interacciones e influencias de procesos individuales, familiares y sociales en la conducta violenta de adolescentes escolares de varias comunidades de Puerto Rico. Refleja una perspectiva

orientada hacia los procesos socio-ecológicos, de acuerdo con los principios de la psicología del desarrollo, incluyendo atención a los procesos, así como a los resultados, y diferenciando las influencias contextuales, tanto positivas como negativas. Como factor individual ontogénico analizamos la inestabilidad emocional de los jóvenes. En los factores de microsistemas verificamos la ausencia de violencia intrafamiliar y la influencia de los pares que manifiestan conducta violenta. A nivel de mesosistemas indagamos sobre la relación entre estos escenarios microsistémicos. El nivel de exosistemas está representado por la percepción de la violencia comunitaria y su influencia sobre los sistemas más cercanos a los adolescentes. Estos enunciados de la perspectiva de desarrollo socioecológica se traducen en este trabajo en el modelo de la Figura 1.

Figuras

Figura 1.

Modelo teórico esbozando la ecología social de la conducta violenta para los factores incluidos en el estudio.



La Figura 1 muestra las influencias e interacciones teorizadas entre variables exógenas y endógenas en dirección ontogénica, de acuerdo al modelo ecológico. Como hemos establecido anteriormente, es esperado en el modelo ecológico que la forma, poder, contenido y dirección de estos procesos transaccionales varíen sistemáticamente en función del tránsito dialéctico entre las características del entorno y de los actores en juego.

Método

Participantes

La muestra consistió de 433 estudiantes de escuela superior entre las edades de 14 a 18 años, con una media de edad de 15.6. Participaron 263 mujeres y 170 hombres, de los grados décimo y undécimo (primer y segundo año de secundaria), de cuatro escuelas de la Región Educativa de Cidra, que comprende los pueblos de Cayey y Cidra, en Puerto Rico. Se seleccionó esta región del país, por ser una donde se ha intensificado la violencia entre jóvenes en los últimos años, quedando en sexta posición en 2014 y en decimoquinta posición de 2015, de la totalidad de 78 los municipios de la Isla (*Policía de Puerto Rico, División de Estadísticas de la Criminalidad, 2015*), y por ser donde se encuentra ubicado el centro universitario de donde surge esta investigación, la Universidad de Puerto Rico en Cayey. La entrada a las escuelas requirió la obtención de un permiso especial del Departamento de Educación de Puerto Rico. Se siguieron todas las regulaciones éticas y de protección de los sujetos humanos en la investigación, incluyendo explicar a los jóvenes que su participación era completamente voluntaria, que podían retirarse de la investigación en cualquier momento sin ninguna penalidad y que se protegería

totalmente su confidencialidad. El estudio fue monitoreado y autorizado por la Junta Revisora Institucional de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, comité que funciona como garante de la observación de las consideraciones éticas en nuestro Recinto. Fue una muestra incidental por disponibilidad, no representativa que, reconociendo sus limitaciones metodológicas, resulta apropiada para este tipo de estudio (Sampieri, R., Fernández, C., Baptista, P., 2010). Los datos fueron recopilados durante el año escolar 2015-2016. Dos casos fueron eliminados por considerarse perdidos en relación a sus datos (participantes no ofrecieron respuestas en más del 70 por ciento del cuestionario), por lo que la muestra final consistió de 431 participantes.

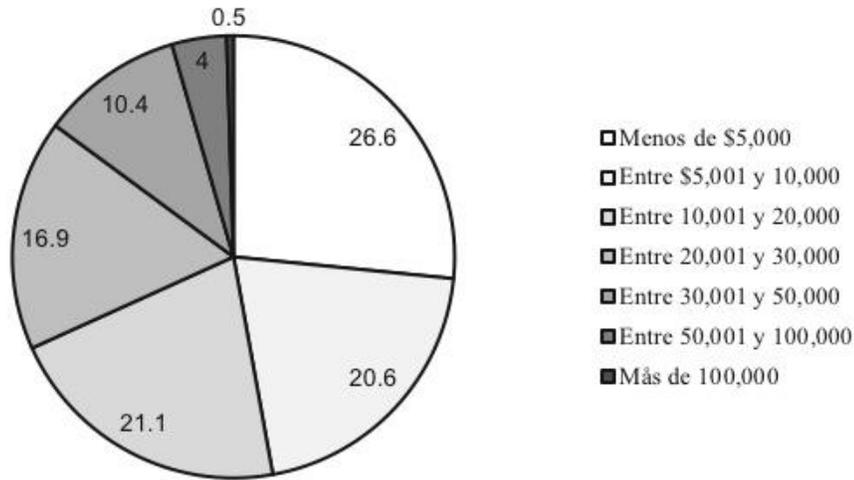
Variables demográficas

El 68% de la muestra son estudiantes que se encontraban bajo el nivel de pobreza, según las tablas de referencia de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, siendo el umbral de pobreza \$23,624 anuales para una familia de dos adultos y dos hijos(as) dependientes menores de 18 años (U.S. Census Bureau, Puerto Rico Community Survey, 2012). El 27% de la muestra provino de familias con ingresos menores a los \$5,000 anuales, el 47% ingresaba \$10,000 o menos y el 68% recibe \$20,000 o menos al año (Figura 2). Estas cifras reflejan niveles más altos de pobreza que la población puertorriqueña, donde las familias que viven bajo el nivel de pobreza alcanzan el 45.4%. La misma encuesta para el censo de Puerto Rico indica que el 59.5% de la población tiene un ingreso anual menor a \$24,999.

Figura 2.

Por ciento de participantes por renglón de ingresos anuales aproximados en el hogar

Ingresos anuales aproximados en el hogar de los participantes en por cientos



El 48.3% de los adolescentes vivía con ambos padres, y el 51.7% pertenecía a una familia monoparental (Figura 3). En la población puertorriqueña, el 40.6% son familias con ambos padres presentes, 30.3% son familias monoparentales y 29.1% son hogares no familiares. La escolaridad de los padres y madres mostró que la mayor parte posee un diploma de escuela superior (34.5%), seguido de los padres que cuentan con un grado universitario de bachiller (18.45%), grado asociado o dos años de estudios postsecundarios (17.15%), certificado técnico o un año de estudios post secundarios (12.6%), padres que estudiaron hasta escuela intermedia (7.2%) y otros que estudiaron hasta escuela elemental (2.85%) (Figura 4). Por lo que la mayor parte de la muestra refleja padres con educación básica, no profesionales.

Figura 3.

Por ciento de participantes que viven con ambos padres o con un sólo padre (madre)

Participantes que viven con ambos padres o con un sólo padre (madre) en por cientos

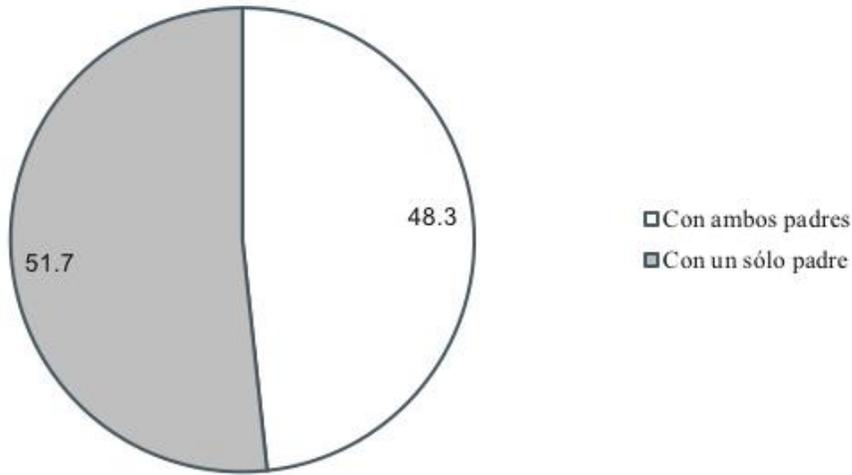
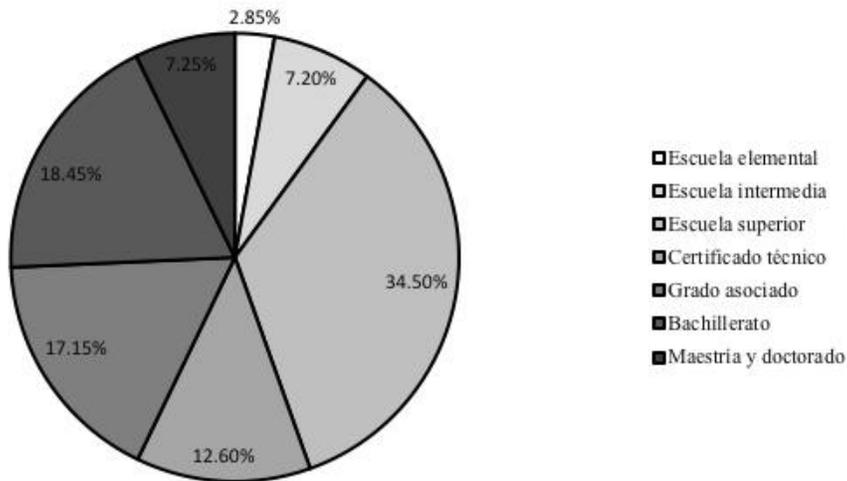


Figura 4.

Mayor grado académico alcanzado por los padres (madres)

Mayor grado académico alcanzado por los padres y madres



Materiales

A los participantes se les administró el Cuestionario de Factores de Violencia, de la autoría de la investigadora. Es un cuestionario de autoinforme, donde los participantes escribían sus respuestas en el formulario provisto. Investigaciones similares (Posada y Parales, 2012) han demostrado que cuando la comunidad en que se insertan los examinados muestra alta violencia, los indicadores de nivel comunitario resultan consistentes entre los individuos; sin embargo, las experiencias de los jóvenes pueden variar considerablemente en la frecuencia y gravedad de la exposición a esa violencia. En esta situación, el autoinforme de exposición a la violencia es una manera indicada de evaluar la ecología del entorno (McMahon et al., 2013), ya que los indicadores del vecindario no arrojarán luz sobre las diferentes formas en que los jóvenes han experimentado los niveles de exposición a la violencia de la comunidad. Además, los comportamientos de los distintos estudiantes pueden ser diferentes en respuesta a un mismo entorno y es también posible esperar actuaciones distintas de un mismo individuo en distintos niveles del sistema ecológico (Posada y Parales, 2012).

Procedimiento

Los participantes contestaron el Cuestionario de Factores de Violencia, en sus escuelas. Previamente, el cuestionario fue validado por jueces expertos ($CVR = .99$) y pasó por un proceso de prueba piloto. Cada juez evaluó los reactivos del cuestionario en términos de claridad de su significado, su pertinencia en cuanto a la dimensión que pretendía medir y tuvo la oportunidad de sugerir correcciones directas a los reactivos. Se llevó a cabo una ronda de administración para la prueba piloto con 45 estudiantes de una de las escuelas participantes. La prueba piloto incluía pedir a los participantes que reportaran cualquier reactivo, contenido de las preguntas, instrucciones o formato de respuesta que les hubiera causado confusión o que fuera difícil de

comprender. El contenido de las preguntas, así como las instrucciones y el formato de respuestas resultaron ser comprensibles para los grupos de edad en la prueba piloto. El instrumento final contiene un formato de medición de preguntas cerradas (preguntas que hacen que el participante seleccione su respuesta entre un conjunto provisto de opciones) y escalas Likert de acuerdo, cantidad y frecuencia.

Mediciones

El cuestionario midió las siguientes dimensiones: violencia en la comunidad, violencia intrafamiliar, influencias negativas de los pares, inestabilidad emocional y conducta violenta.

Percepción de violencia en la comunidad. La escala de violencia en la comunidad está construída estilo Likert, en una escala de cuatro puntos, de frecuencia, con 10 reactivos en aseveraciones positivas. La evidencia de validez ha demostrado que el autoinforme de exposición a la violencia proporciona una indicación precisa de la cantidad de violencia a la que están expuestos los jóvenes (Voith, Gromoske y Holmes, 2014). Algunos ejemplos de variables utilizadas en la escala fueron: “Te pueden asaltar”, “Ocurren crímenes” y otros. Las opciones para responder a los reactivos van desde “Siempre”, hasta “Nunca”. Las variables fueron codificadas de la siguiente manera: Siempre = 3, Muchas veces = 2, Pocas veces = 1 y Nunca = 0. Al igual que en la escala anterior, las puntuaciones altas reflejan mayores niveles de violencia en la comunidad. Esta escala arrojó un índice de consistencia interna de $\alpha=.913$.

Ausencia de violencia intrafamiliar. La escala de ausencia de violencia intrafamiliar consistió de 10 reactivos dispuestos en un arreglo Likert de frecuencia. Las opciones para responder a los reactivos fluctuaron desde “Siempre”, hasta “Nunca”. Las variables fueron codificadas como: Siempre = 3, Muchas veces = 2, Pocas veces = 1 y Nunca = 0. Las puntuaciones

altas reflejaban mayores niveles de violencia intrafamiliar y las puntuaciones más bajas denotaban menores niveles de esta variable. Las instrucciones dirigían a los participantes a responder si alguna de las personas con quien vive ha llevado a cabo diferentes acciones, tales como “Te grita”, “Te pega en el cuerpo”, y otras. El índice de consistencia interna de esta escala fue $\alpha=.815$.

Influencias negativas de los pares. La influencia negativa de los amigos se midió con una escala Likert de frecuencia, de cuatro puntos. La escala consistió de cuatro reactivos, con variables, tales como: “Mis amigos son personas violentas.”, o “Mis amigos tienen problemas con la ley.” Los participantes podían seleccionar el nivel de frecuencia desde “Siempre” hasta “Nunca”, con las puntuaciones altas denotando mayor influencia negativa de los pares y las puntuaciones bajas implicando menor influencia negativa de los amigos. Las variables fueron codificadas como: Siempre = 3, Muchas veces = 2, Pocas veces = 1 y Nunca = 0. Esta medida de influencia negativa de amigos obtuvo un índice de consistencia interna de $\alpha=.732$.

Inestabilidad emocional. Inestabilidad emocional incluyó indicadores de impulsividad, frustración, ansiedad, falta de control, facilidad para las alteraciones del ánimo y otros. Es una escala de 10 reactivos, igualmente dispuesta en arreglo Likert de cuatro puntos de frecuencia, definidos desde “Siempre” hasta “Nunca”. Las variables fueron codificadas como: Siempre = 3, Muchas veces = 2, Pocas veces = 1 y Nunca = 0. Los reactivos incluyeron premisas tales como: “Me pongo ansioso con facilidad.” y “Me frustró con facilidad cuando algo me sale mal.” El índice de consistencia interna de esta escala fue $\alpha=.875$.

Conducta violenta. La variable dependiente del estudio fue conducta violenta. La conducta violenta se midió con una escala compuesta de indicadores de conducta agresiva (por ejemplo, “Incito a otros estudiantes a pelear.”; “Golpeo objetos cuando tengo coraje.”; “Insulto a las personas cuando me enojo con ellas.”) e indicadores de conducta antisocial (por ejemplo,

“Destruyo a propósito cosas de otras personas.”; “Robo objetos.”; “Prefiero ignorar las normas establecidas.”). Continuando el patrón de reactivos, esta escala también está dispuesta en un arreglo Likert de cuatro puntos, de frecuencia, desde “Siempre” hasta “Nunca”, codificadas como: Siempre = 3, Muchas veces = 2, Pocas veces = 1 y Nunca = 0, donde las puntuaciones altas denotan mayor grado de conducta violenta y las puntuaciones más bajas implican menor grado de conducta violenta. La escala consta de 20 items, con una consistencia interna de $\alpha=.835$.

Análisis estadísticos

El análisis de datos se realizó utilizando modelos de ecuaciones estructurales (SEM, por sus siglas en inglés). Se calcularon estadísticas correlacionales bivariadas, medias y desviaciones estándar para las variables continuas y frecuencias para las variables del estudio. Además, como se ha mencionado, se computaron alfas de Cronbach para determinar la confiabilidad de las escalas. Posteriormente, se especificó un modelo de ecuaciones estructurales en el que se estimaron los efectos directos en la conducta violenta de los jóvenes (variable endógena) para tres variables exógenas, “percepción de violencia en la comunidad” (exosistema), “ausencia de violencia intrafamiliar” (microsistema) e “influencia negativa de los pares” (microsistema). El mesosistema en este arreglo estructural de variables quedó representado por el supuesto de que las variables de microsistemas covarían, esto es, las covarianzas entre influencia negativa de los amigos y ausencia de violencia familiar, entre ausencia de violencia familiar y percepción de violencia en la familia y entre influencia negativa de los amigos y percepción de violencia en la familia. Se calcularon además los efectos indirectos de estas tres variables exógenas sobre la conducta violenta, siendo mediadas por la variable endógena “inestabilidad emocional”.

Los modelos basados en regresiones lineales, como el presentado en este estudio, asumen el cumplimiento de los supuestos básicos para sus análisis estadísticos. En este caso, los datos reflejaron cumplir con tales supuestos, con excepción en lo que concierne a la normalidad multivariada. Este es un problema típico al diseñar modelos estructurales cuyos datos son ordinales en su origen. La corrección de Satorra y Bentler ofrecen una solución a la ausencia de normalidad multivariada que en la práctica corrige la situación para proceder sin dificultad al análisis estadístico. Todas las medidas y estimaciones reportadas en este estudio utilizan la corrección de **Satorra y Bentler (Satorra y Bentler, 1994, 2001, 2010).**

Resultados

Para conseguir los objetivos propuestos, se han utilizado los paquetes estadísticos IBM SPSS Statistics 23, STATA v.13 y AMOS v.24. En primer lugar, se han realizado análisis descriptivos (media, desviación típica), se ha obtenido la consistencia interna (~~Alfa de Cronbach~~) para las escalas utilizadas y se han calculado las correlaciones (~~coeficientes de Pearson~~) entre ellas. En la tabla 1 se muestran los totales de la muestra, valores máximos y mínimos, las medias y las desviaciones típicas, así como la consistencia interna de las escalas.

Tabla 1.

Total de la muestra, valores máximos, mínimos, medias, desviaciones estándar e índice de consistencia interna para las variables y escalas del estudio.

	N	Mínimo	Máximo	Media	Desviación estándar	α
Influencias negativas de los pares	431	0	15	1.64	2.203	.732

Ausencia de violencia intrafamiliar	431	11	40	35.68	3.995	.815
Percepción de violencia en la comunidad	431	0	29	8.81	7.869	.913
Inestabilidad emocional	431	0	30	12.33	6.614	.875
Conducta violenta	431	0	42	7.99	6.275	.835
N válida (listwise)	431					

Según se reportó, los índices de consistencia interna fluctuaron desde moderados altos hasta altos. Los análisis de correlación se muestran en la Tabla 2. Se reportaron correlaciones de Pearson significativas para todas las variables del estudio con conducta violenta: influencias negativas de pares ($r = .604, p < .01$), ausencia de violencia intrafamiliar ($r = -.422, p < .01$), percepción de violencia en la comunidad ($r = .283, p < .01$), e inestabilidad emocional ($r = .588, p < .01$). La influencia negativa de los pares y la inestabilidad emocional denotan índices marcadamente altos, sugiriendo una relación importante con las conductas violentas. Según se espera, la ausencia de violencia en la familia correlaciona de forma negativa con la conducta violenta de los jóvenes, arrojando también un índice de asociación considerable. Llama también la atención que todas las variables correlacionan significativamente entre sí al nivel de $p < 0.01$, especialmente la relación negativa que muestra la ausencia de violencia en la familia con la inestabilidad emocional, con un valor de $r = -.483$.

Tabla 2.

Matriz de correlaciones para las variables influencias negativas de pares, ausencia de violencia intrafamiliar, percepción de violencia en la comunidad, inestabilidad emocional y conducta violenta.

		INP	AVF	PVC	IE	CV
Influencias negativas de pares	Pearson Correlation	1				
	Sig. (2-tailed)					
	N	431				
Ausencia de violencia intrafamiliar	Pearson Correlation	-.332**	1			
	Sig. (2-tailed)	.000				
	N	431	431			
Percepción de violencia en la comunidad	Pearson Correlation	.218**	-.183**	1		
	Sig. (2-tailed)	.000	.000			
	N	431	431	431		
Inestabilidad emocional	Pearson Correlation	.356**	-.483**	.206**	1	
	Sig. (2-tailed)	.000	.000	.000		
	N	431	431	431	431	
Conducta violenta	Pearson Correlation	.604**	-.422**	.283**	.588**	1
	Sig. (2-tailed)	.000	.000	.000	.000	
	N	431	431	431	431	431

Correlaciones Pearson. **.p < 0.01 level (2-tailed)

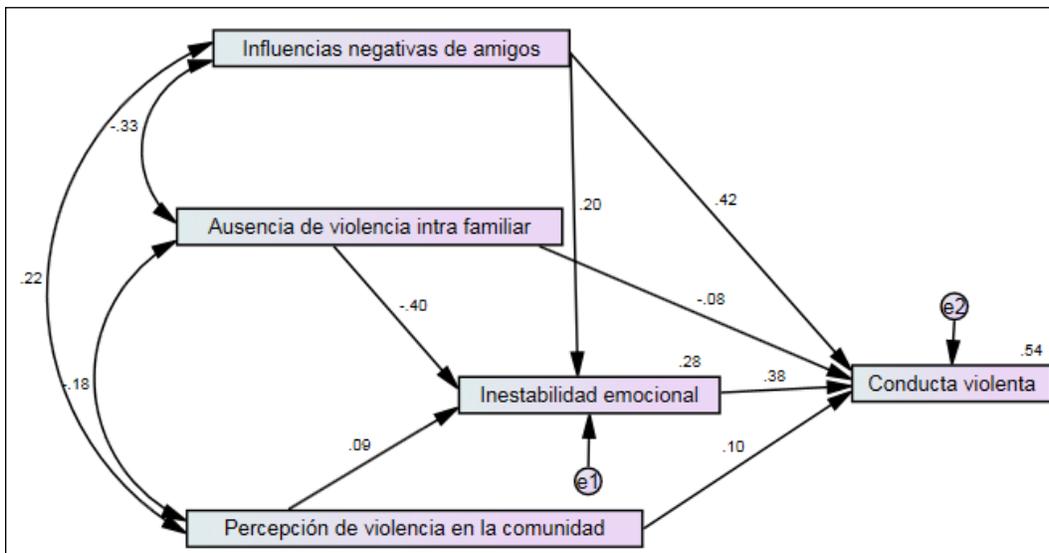
INP = Influencia negativa de pares, AVF = Ausencia de violencia intrafamiliar, PVC =

Percepción de violencia en la comunidad, IE = Inestabilidad emocional, CV = Conducta violenta.

El sistema de relaciones mostrado en la Figura 1 se evaluó mediante un modelo de ecuaciones estructurales, basado en covariancias y tratando a las variables como observables (análisis de rutas), utilizando el método de máxima verosimilitud. El modelo propuesto es uno justamente identificado (Kline, 2011), por lo que los grados de libertad son igual a cero ($gl = 0$) y Chi Cuadrado es igual a 0 ($CMIN = 0$). Se estimó la magnitud y la dirección de los efectos directos, indirectos y totales de cada factor propuesto para el modelo utilizando los programados AMOS v.24 y STATA v.14. La Figura 5 muestra el gráfico de rutas para el modelo de factores propuesto, junto a los índices para los parámetros estudiados.

Figura 5.

Gráfico de rutas del modelo propuesto de conducta violenta en jóvenes con índices para los parámetros estimados.



Todos los parámetros estimados del estudio resultaron significativos a $p < 0.01$, con excepción de la influencia de percepción de violencia en la sociedad sobre inestabilidad

emocional y de ausencia de violencia en la familia sobre conducta violenta, las cuales resultaron significativas a $p < 0.05$. La varianza explicada para la variable endógena conducta violenta fue de $R^2 = .54$, y para la variable endógena inestabilidad emocional fue de $R^2 = .28$. Lo que muestra la alta influencia de las variables examinadas en la conducta violenta en jóvenes. Las pruebas de los parámetros individuales realizadas no mejoraron el modelo y los índices de modificación fueron cero (0), por lo tanto, no hubo evidencia de que un modelo alternativo fuera mejor que un modelo justamente identificado.

Se puede observar que las influencias negativas de amigos y la percepción de violencia en la comunidad predijeron significativa y positivamente la inestabilidad emocional, con un mayor peso de las influencias negativas de amigos (.20) ($p < .01$) frente a la percepción de violencia en la comunidad (.09) ($p < .05$). La ausencia de violencia intrafamiliar predijo significativamente ($p < .01$) y de forma negativa e importante la inestabilidad emocional (-.40). El total de varianza de la inestabilidad emocional explicada por las influencias negativas de los amigos, la ausencia de violencia intrafamiliar y la percepción de violencia en la comunidad fue del 28%.

La influencia negativa de los pares tuvo un efecto directo significativamente positivo ($p < .01$) en la conducta violenta (.42). Además, reflejó un efecto mediado por inestabilidad emocional en la conducta violenta (.077), mostrando un importante efecto total (.499) en esta variable endógena conducta violenta. Igualmente, la ausencia de violencia intrafamiliar (-.08) apareció como predictor significativo ($p < .05$) y reductor de la conducta violenta. La ausencia de violencia en la familia tuvo a su vez un efecto indirecto a través de inestabilidad emocional sobre la conducta violenta (-.151) y demostró un efecto total amortiguador de la conducta violenta (-.232)

La percepción de violencia en la comunidad, similar a la influencia negativa de los amigos, tuvo un efecto directo positivo (.10) ($p < .01$) en la conducta violenta en jóvenes. Además, la percepción de violencia en la comunidad apareció como predictor de la conducta violenta de los jóvenes mediado a través de inestabilidad emocional (.034). El efecto total de la percepción de violencia en la comunidad (.132) es positivo, indicando que aumenta las manifestaciones de conducta de violencia en jóvenes en nuestra muestra. La variable endógena inestabilidad emocional mostró por su parte un importante peso positivo en la conducta violenta de los jóvenes (.38) ($p < .01$). La Tabla 3 presenta los coeficientes estandarizados de los efectos directos, indirectos y totales de las variables del estudio sobre la conducta violenta.

Tabla 3
Coeficientes estandarizados de los efectos directos, indirectos y totales para influencias negativas de pares, ausencia de violencia intrafamiliar, percepción de violencia en la comunidad, inestabilidad emocional sobre conducta violenta

	Efectos directos	Efectos indirectos	Efectos totales
Influencia negativa de pares	.421	.077	.499
Percepción de violencia en la comunidad	.099	.034	.132
Ausencia de violencia en la familia	-.081	-.151	-.232
Inestabilidad emocional	.378	--	.378

El modelo propuesto resultó cónsono con la base teórica implicada, señalando que la influencia negativa de los pares, la ausencia de violencia en la familia, la percepción que tenga el joven acerca de la violencia en su comunidad y su inestabilidad emocional son predictores

importantes de la conducta violenta en jóvenes, logrando explicar un 54% del total de su varianza.

Discusión

El estudio demostró que los factores violencia en la comunidad, la violencia intrafamiliar, las influencias negativas de los pares y la inestabilidad emocional son predictores importantes de las manifestaciones de la conducta violenta en jóvenes, desde distintos niveles ecológicos de influencia. Los datos se ajustan favorablemente a los supuestos teóricos del modelo sistémico ecológico de Bronfenbrenner, sugiriendo niveles de influencia mayores según se hacen más próximos al individuo. Según la base teórica de la cual partimos, el poder de la influencia de un factor de orden superior será más débil que el de sistemas más cercanos al individuo y estará modulado por el estado emocional de la persona. En este caso en que hablamos de inestabilidad emocional, por la dirección negativa de este efecto para el individuo, la teoría sugiere que tendrá un efecto amplificador de la conducta violenta o reductor de los efectos protectores de la ausencia de violencia en la familia, y así se comprobó en este estudio.

Se destaca el efecto significativo que demuestran las influencias negativas de los pares en la conducta violenta de los jóvenes. La literatura científica ha dejado en evidencia una mayor vulnerabilidad durante el proceso adolescente para iniciar conductas de riesgo en salud mental y adaptación social (Alarcón, Vinet, Salvo, 2005), incluyendo la influencia que puedan tener los amigos y compañeros de escuela o vecindario, en esta etapa del desarrollo. La influencia negativa de los amigos resultó más fuerte aún en presencia de inestabilidad emocional en la persona. Estos resultados guardan consonancia con lo establecido por Bronfenbrenner, cuando explica que los elementos microsistémicos entran en juego con las características particulares del individuo, y éstas a su vez magnifican o atenúan el efecto de estos factores.

Era de esperar que el efecto de la ausencia de violencia en la familia sobre la conducta violenta de los jóvenes fuera negativo, esto es, que la ausencia de violencia en la familia debía funcionar como atenuante de la conducta violenta, tal como se reflejó en el estudio. Sin embargo, el mayor efecto de este factor fue sobre la inestabilidad emocional de los jóvenes, evidenciando un componente amortiguador de la misma. Otras investigaciones han respaldado este hallazgo de la violencia familiar como predictora del estado emocional de la persona. Se ha observado un efecto directo en la depresión y ansiedad, y en la conducta antisocial, a partir de la exposición a violencia familiar (Frías y Gaxiola, 2008). La violencia familiar produce problemas psicosociales en los menores, manifestándose éstos como problemas de conducta, alteraciones psicológicas y problemas escolares. (Frías y Gaxiola, 2008). Estudios con variables relacionadas han expresado que los adolescentes que experimentan violencia filiofamiliar muestran una mayor agresividad global, física e ira (Zuñeda, Llamazares, Marañón, y Vázquez, 2016).

A su vez, se demostró que la inestabilidad emocional tiene consecuencias importantes en la conducta violenta de los jóvenes. Los adolescentes con problemas de impulsividad e inestabilidad emocional pueden ser menos propensos a guardar las precauciones necesarias para evitar conflictos y pueden tener la tendencia a no considerar las consecuencias de su comportamiento. Estudios que han trabajado con los efectos de la inestabilidad emocional (McMahon, et al., 2013; Stoddard et al. 2012b) indican que para aquellos que muestran alta impulsividad se observa una relación inversa entre la exposición a violencia en la comunidad y el comportamiento prosocial; mientras que, para los que presentan baja impulsividad no se evidencia una relación entre la exposición a la violencia comunitaria y el comportamiento prosocial del joven. Por lo tanto, la inestabilidad emocional (que conlleva menor autocontrol por

parte del joven) funciona como un factor de riesgo mediante la acentuación de la asociación positiva entre la exposición a la violencia comunitaria y la conducta violenta.

Finalmente, este estudio teorizó que el poder de los niveles superiores del entorno sería menor según se aleja del individuo en el sistema ecológico. Este supuesto se confirmó para la percepción de violencia en la comunidad, de nivel más externo que los demás factores de esta investigación, y con un efecto menor reflejado, pero igualmente significativo. Los problemas del vecindario y la comunidad han resultado destacados en otras investigaciones como factores de importancia en la predicción de la conducta agresiva y violenta, antes y después del ajuste para factores de riesgo a nivel individual, tales como uso y consumo de alcohol entre pares, falta de supervisión de adultos, depresión y otros datos demográficos (Jennings, Maldonado-Molina, Reingle y Komro, 2011). Por otro lado, Boxer, et al. (2013) también han encontrado un efecto similar en la violencia etnopolítica, de nivel macrosistémico, y de la violencia en la comunidad, de nivel exosistémico, sobre el comportamiento violento en niños, mediado por factores de niveles microsistémicos, tales como la familia. Esto es, los factores de niveles más externos, como la percepción de violencia en la comunidad, de nivel exosistémico, afectarán el desarrollo de conductas violentas en jóvenes, tanto de forma directa como indirecta. Sin embargo, es esencial incorporar en la investigación de su efecto los factores amplificadores o reductores que se encuentran en niveles más próximos al joven, como pueden ser una familia protectora, un grupo de pares que ejerzan influencias positivas y el estado emocional de la persona. Es parte de los próximos pasos de esta investigación explorar directamente, junto con los actores de la comunidad estudiada, la relevancia social de los factores que aquí mostraron alta significancia estadística.

Para ampliar este estudio se recomienda la exploración detallada de las covariaciones de mesosistemas, esto es, la relación entre la influencia negativa de los amigos, la ausencia de violencia en la familia y la percepción de violencia en la comunidad, y cómo se afectan positiva o negativamente unas a otras. De la misma forma, se sugiere que se trabajen estos factores y factores adicionales utilizando arreglos estructurales distintos, que permitan realizar análisis confirmatorios de los mismos, y la eventual verificación y selección de los modelos explicativos más acertados para cada contexto. Además, una recomendación que se desprende de la literatura revisada, y con la cual coincidimos, es la importancia de examinar no sólo las distintas formas en que se experimenta la violencia, sino también analizar evidencia sobre los modos en los que los jóvenes razonan acerca de sus situaciones de conflicto interpersonal, pues es indudable que sus sistemas de representación orientan sus acciones individuales (Posada y Parales, 2012). Futuras investigaciones pueden enfocarse en los ciclos reproductores de violencia a través de la asociación recíproca entre sistemas ecológicos, incluyendo indagar sobre las circunstancias ontogénicas en las que los jóvenes que viven en contextos violentos aceptan o aprueban el uso de medios violentos para resolver conflictos.

Conclusiones

En sus escritos, Bronfenbrenner explicaba que la investigación social tiene que ser reestructurante. Argüía que la investigación sobre la ecología del ser humano y su desarrollo debe incluir experimentos que impliquen la reestructuración innovadora de los sistemas

ecológicos, que parten de ideologías y estructuras institucionales prevalecientes

(Bronfenbrenner, 1977). Bronfenbrenner planteaba la redefinición de objetivos, funciones y actividades de intervención a partir de las interconexiones entre sistemas anteriormente aislados entre sí por los estudios científicos. Las conclusiones de este trabajo apuntan hacia la dirección de factores esenciales que debemos considerar a la hora de planificar intervenciones para la prevención de la violencia en jóvenes. En este estudio, la percepción del joven en cuanto a la violencia en su comunidad, la influencia que pueda recibir de sus pares, la violencia que presente su núcleo familiar y las consecuencias de estos factores en su estabilidad emocional explicaron el 54% de la variabilidad en las manifestaciones de su conducta violenta. A su vez, se demostró que la inestabilidad emocional de los jóvenes de la muestra podía ser explicada en un 28% por la percepción que tenían de la violencia en su comunidad, la influencia de sus amigos y la violencia (o ausencia de violencia) que experimentaron en su familia. Los índices correlacionales significativos que mostraron entre sí todos los factores del estudio nos guían a pensar que éstos cambian y se transforman juntos, por lo que deben ser incluidos de forma integrada en los trabajos comunitarios de prevención de violencia y en el fomento de culturas óptimas para el desarrollo de los individuos.

Los profesionales de la conducta debemos enfocar en estrategias integradoras que defiendan el derecho de los niños y los jóvenes a crecer en ambientes donde los otros significativos no representen peligro, ni violencia. La familia (ya sea biológica o sustitutiva), los amigos y la comunidad siguen siendo claves en el desarrollo de personas saludables que puedan alcanzar su máximo potencial más allá del riesgo que les representa la violencia en su entorno. El espacio comunitario se nos vuelve a presentar con sus múltiples posibilidades: como lugar de reproducción de la violencia que viven nuestros jóvenes, o como foro de encuentros solidarios

que fomenten subjetividades colectivas y que conduzcan a la paz y al desarrollo de todos. Se urge a tener en cuenta estos factores de la conducta violenta en jóvenes en las prácticas de intervención y en la planificación exitosa de proyectos y trabajos de prevención de los distintos profesionales de la conducta humana.

Referencias

- Alarcón, P., Vinet, E., Salvo, S. (2005) Estilos de personalidad y desadaptación social durante la adolescencia. *Psyche* 14(1), 3-16. ISSN 0717-0297
- American Psychiatric Association. (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 5th Ed. Arlington, VA: American Psychiatric Association.
- Archer, J. (2009). The nature of human aggression. *International Journal of Law and Psychiatry*, 32(4), 202-208. doi: [10.1016/j.ijlp.2009.04.001](https://doi.org/10.1016/j.ijlp.2009.04.001)
- Boxer, P., Huesmann, L. R., Dubow, E. F., Landau, S. F., Gvirsman, S. D., Shikaki, K., & Ginges, J. (2013). Exposure to violence across the social ecosystem and the development of aggression: A test of ecological theory in the Israeli–Palestinian conflict. *Child Development*, 84(1), 163–177. doi: [10.1111/j.1467-8624.2012.01848.x](https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.2012.01848.x)
- Bronfenbrenner, U. (1994). Ecological models of human development. In *International Encyclopedia of Education*. Vol. 3, 2nd Ed. Oxford: Elsevier. Reprinted in: Gauvain, M. & Cole, M. (Eds.), *Readings on the development of children*, 2nd Ed.(1993, pp. 37-43). NY: Freeman.
- Bronfenbrenner, U. (2002). *La ecología del desarrollo humano*. España: Paidós. ISBN [8449310865](https://doi.org/10.1007/978-84-493-1086-5)

Bronfenbrenner, U. (1979). *The Ecology of Human Development: Experiments by Nature and Design*. Cambridge, MA: Harvard University Press. ISBN 0-674-22457-4

Bronfenbrenner, U. (1977). Toward an experimental ecology of human development. *American Psychologist*, 32(7), 513-531. doi: [10.1037/0003-066X.32.7.513](https://doi.org/10.1037/0003-066X.32.7.513)

Bronfenbrenner, U., & Crouter, A. C. (1983). The evolution of environmental models in developmental research. In P. H. Mussen (Series Ed.) & W. Kessen (Vol. Ed.), *Handbook of child psychology, Vol. 1: History, theory, methods* (4th ed., pp. 357-414). New York: Wiley.

Brendtro, L. K. (2006). The vision of Urie Bronfenbrenner: Adults who are crazy about kids. *Reclaiming Children & Youth*, 15(3), 162-166.

Burnette, M. L., Oshri, A., Lax, R., Richards, D., & Ragbeer, S. N. (2012). Pathways from harsh parenting to adolescent antisocial behavior: A multidomain test of gender moderation. *Development and Psychopathology*, 24(6), 857–870. doi: [10.1017/S0954579412000417](https://doi.org/10.1017/S0954579412000417)

Burt, S. A., McGue, M., Carter, L. A., & Iacono, W. G. (2007). The different origins of stability and change in antisocial personality disorder symptoms. *Psychological Medicine*, 37(1), 27-38. doi: [10.1017/S0033291706009020](https://doi.org/10.1017/S0033291706009020).

Byrne, B. M. (2011). *Structural equation modeling with MPlus: Basic concepts, applications, and programming*. New York: Routledge Academic.

Cedeño, L. A., Elias, M. J., Kelly, S., & Chu, B. C. (2010). School violence, adjustment, and the influence of hope on low-income, African American youth. *American Journal of Orthopsychiatry*, 80(2), 213–226. doi: [10.1111/j.1939-0025.2010.01025.x](https://doi.org/10.1111/j.1939-0025.2010.01025.x).

Choe, D. A. (2014). Transactional process of African American adolescents' family conflict and violent behavior. *Journal of Research on Adolescence*, 24(4), 591-597.

- Cummings, E. M., Goeke-Morey, M. C., Merrilees, C. E., Taylor, L. K., & Shirlow, P. (2014). A social-ecological, process-oriented perspective on political violence and child development. *Child Development Perspectives*, 8(2), 82-89. doi:10.1111/cdep.12067
- De la Peña-Fernández, M. (2010). *Conducta antisocial en adolescentes: Factores de riesgo y de protección* (Tesis Doctoral). Universidad Complutense de Madrid, España.
- Dollard, J., Miller, N. E., Doob, L. W., Mowrer, O. H., & Sears, R. R. (1939): *Frustration and Aggression*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Edwards, B., & Bromfield, L. M. (2009). Neighborhood influences on young children's conduct problems and pro-social behavior: Evidence from an Australian national sample. *Children and Youth Services Review*, 31(3), 317–324. doi: 10.1016/j.childyouth.2008.08.005
- Farrell, A. D., & Sullivan, T. N. (2004). Impact of witnessing violence on growth curves for problem behaviors among early adolescents in urban and rural settings. *Journal of Community Psychology*, 32(5), 505–525. doi: 10.1002/jcop.20016
- Finkelhor, D., Ormrod, R. K., & Turner, H. A. (2007). Polyvictimization and trauma in a national longitudinal cohort. *Development and Psychopathology*, 19(1), 149–166. doi: 10.1017/S0954579407070083
- Frías Armenta, M., & Gaxiola Romero, J. C. (2008). Consecuencias de la violencia experimentada directa e indirectamente en niños: Depresión, ansiedad, conducta antisocial y ejecución académica. *Revista Mexicana de Psicología*, 25(2), 237-248.
- González, M. M., Haydar, C. R., Utría, L. U., & Amar, J. A. (2014). Legitimación de la violencia en la infancia: Un abordaje desde el enfoque ecológico de Bronfenbrenner. *Psicología Desde El Caribe*, 31(1), 133-160.

Gorman-Smith, D., Henry, D. B., & Tolan, P. H. (2004). Exposure to community violence and violence perpetration: The protective effects of family functioning. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 33(3), 439–449. doi: [10.1207/s15374424jccp3303_2](https://doi.org/10.1207/s15374424jccp3303_2)

Graber, J. A., Nichols, T., Lynne, S. D., Brooks-Gunn, J., & Botvin, G. J. (2006). A longitudinal examination of family, friend, and media influences on competent versus problem behaviors among urban minority youth. *Applied Developmental Science*, 10(2), 75–85. doi: [10.1207/s1532480xads1002_3](https://doi.org/10.1207/s1532480xads1002_3)

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, P. (2010). *Metodología de la investigación* (5ta. Ed.). México: McGraw-Hill.

Hong, J. S., & Garbarino, J. (2012). Risk and protective factors for homophobic bullying in schools: An application of the social-ecological framework. *Educational Psychology Review*, 24(2), 271-285. doi: [10.1007/s10648-012-9194-y](https://doi.org/10.1007/s10648-012-9194-y)

Hong, J. S., Hyunkag, C., & Alvin, L. S. (2010). Revisiting the Virginia Tech shootings: An ecological systems analysis. *Journal of Loss & Trauma*, 15(6), 561-575. doi: [10.1080/15325024.2010.519285](https://doi.org/10.1080/15325024.2010.519285)

Hong, J. S., Kral, M. J., Espelage, D. L., & Allen-Meares, P. (2012). The social ecology of adolescent-initiated parent abuse: A review of the literature. *Child Psychiatry & Human Development*, 43(3), 431-454. doi: [10.1007/s10578-011-0273-y](https://doi.org/10.1007/s10578-011-0273-y)

Instituto de Estadísticas de Puerto Rico, Policía de Puerto Rico (PPR), División de Estadísticas de la Criminalidad (2015). *Otras estadísticas sociales, demográficas y conexas*.

Recuperado de

http://www.estadisticas.gobierno.pr/iepr/Estadisticas/InventariodeEstadisticas/tabid/186/ctl/view_detail/mid/775/report_id/00975852-e14a-4339-a6c8-ab23fd36d2a1/Default.aspx

Jennings, W. G., Maldonado-Molina, M. M., Reingle, J. M., & Komro, K. A. (2011). A multi-level approach to investigating neighborhood effects on physical aggression among urban Chicago youth. *American Journal of Criminal Justice*, 36(4), 392–407.

doi:[10.1007/s12103-011-9118-2](https://doi.org/10.1007/s12103-011-9118-2)

Keenan, K., Wroblewski, K., Hipwell, A., Loeber, R., & Stouthamer-Loeber, M. (2010). Age of onset, symptom threshold, and expansion of the nosology of conduct disorder for girls.

Journal of Abnormal Psychology, 119(4), 689–698. doi: [10.1037/a0019346](https://doi.org/10.1037/a0019346)

Kendler, K., Aggen, S., Czajkowski, N., Røysamb, E., Tambs, K., Torgersen, S., Neale, M. & Reichborn-Kjennerud, T. (2008). The structure of genetic and environmental risk factors for DSM-IV personality disorders: A multivariate twin study. *Archives of General Psychiatry*, 65(12), 1438–1446. doi: [10.1001/archpsyc.65.12.1438](https://doi.org/10.1001/archpsyc.65.12.1438)

Kline, R. B. (2011). *Principles and practice of structural equation modeling*. New York: Guilford Press.

Koen, L., Kinnear, C. J., Corfield, V. A., Emsley, R. A., Jordaan, E., Keyter, N., Moolman-Smook, J. C., Stein, D. J., & Niehaus, D. J. H. (2004). Violence in male patients with schizophrenia: Risk markers in a South African population. *Australian & New Zealand Journal of Psychiatry*, 38(4), 254-259. doi: [10.1111/j.1440-1614.2004.01338.x](https://doi.org/10.1111/j.1440-1614.2004.01338.x)

Lara Hormigo, A. (2014). *Introducción a las ecuaciones estructurales en AMOS y R*. Accedido el 28 de agosto, de 2016, desde

[http://masteres.ugr.es/moea/pages/curso201314/tfm1314/tfm-](http://masteres.ugr.es/moea/pages/curso201314/tfm1314/tfm-septiembre1314/memoriamaestroantonio_lara_hormigo/)

[septiembre1314/memoriamaestroantonio_lara_hormigo/](http://masteres.ugr.es/moea/pages/curso201314/tfm1314/tfm-septiembre1314/memoriamaestroantonio_lara_hormigo/)

- Latman, R. D., & Swisher, R. R. (2005). The interactive relationship among adolescent violence, street violence, and depression. *Journal of Community Psychology*, 33(3), 355-371. doi: [10.1002/jcop.20051](https://doi.org/10.1002/jcop.20051)
- Li, J. J., & Lee, S. S. (2012). Association of positive and negative parenting behavior with childhood ADHD: Interactions with offspring monoamine oxidase A (MAO-A) genotype. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 40(2), 165-175. doi: [10.1007/s10802-011-9553-z](https://doi.org/10.1007/s10802-011-9553-z)
- Margolin, G., Vickerman, K. A., Oliver, P. H., & Gordis, E. B. (2010). Violence exposure in multiple interpersonal domains: cumulative and differential effects. *Journal of Adolescent Health*, 47(2), 198-205. doi: [10.1016/j.jadohealth.2010.01.020](https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2010.01.020)
- McMahon, S. D., Todd, N. R., Martinez, A., Coker, C., Sheu, C. F., Washburn, J., & Shah, S. (2013). Aggressive and prosocial behavior: community violence, cognitive, and behavioral predictors among urban African American youth. *American Journal of Community Psychology*, 51(3), 407-421. doi: [10.1007/s10464-012-9560-4](https://doi.org/10.1007/s10464-012-9560-4)
- Nilsson, K. W., Sjöberg, R. L., Wargelius, H. L., Leppert, J., Lindström, L., & Oreland, L. (2007). The monoamine oxidase A (MAO-A) gene, family function and maltreatment as predictors of destructive behaviour during male adolescent alcohol consumption. *Addiction*, 102(3), 389-398. doi: [10.1111/j.1360-0443.2006.01702.x](https://doi.org/10.1111/j.1360-0443.2006.01702.x)
- Ortega-Escobar, J., & Alcázar-Córcoles, M. Á. (2016). Neurobiología de la agresión y la violencia. *Anuario de Psicología Jurídica*, 26(1), 60-69. doi: [10.1016/j.apj.2016.03.001](https://doi.org/10.1016/j.apj.2016.03.001)
- Posada-Gilé, R. & Parales-Quenza, C. J. (2012). Violencia y desarrollo social: Más allá de una perspectiva de trauma. *Universitas Psychologica*, 11(1), 255-267. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64723234021>

Resnicow, K., Ross-Gaddy, D., & Vaughan, R. D. (1995). Structure problem and positive behaviors in African American youths. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 63(4), 594-603.

Salzinger, S., Ng-Mak, D. S., Feldman, R. S., Kam, C., & Rosario, M. (2006). Exposure to community violence: Processes that increase the risk for inner-city middle school children. *Journal of Early Adolescence*, 26(2), 232–266. doi: 10.1177/0272431605285712

Satorra, A., & Bentler, P. M. (2001). A scaled difference chi-square test statistics for moment structure analysis. *Psychometrika*, 66(4), 507-514. doi:10.1007/BF02296192

Satorra, A., & Bentler, P. M. (1994). Corrections to test statistics and standard errors in covariance structure analysis. In A. von Eye & C. C. Clogg (Eds.), *Latent Variables Analysis: Applications for Developmental Research* (pp. 399-419). Thousand Oaks, CA: Sage Publications, Inc.

Satorra, A., & Bentler, P. M. (2010). Ensuring positiveness of the scaled chi-square test statistic. *Psychometrika*, 75(2), 243-248. doi: 10.1007/s11336-009-9135-y

Selner-O'Hagan, M. B., Kindlon, D. J., Buka, S. L., Raudenbush, S. W., & Earls, F. J. (1998). Assessing exposure to violence in urban youth. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 39(2), 215–224. doi:10.1111/1469-7610.00315

Ruiz, M. A., Pardo, A., & San Martí, R. (2010). Modelos de ecuaciones estructurales. *Papeles del Psicólogo*, 31(1), 34-45. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77812441004>

Shi, Z., Bureau, J. F., Easterbrooks, M. A., Zhao, X., & Lyons-Ruth, K. (2012). Childhood maltreatment and prospectively observed quality of early care as predictors of antisocial

personality disorder features. *Infant Mental Health Journal*, 33(1), 55-69. doi: [10.1002/imbj.20295](https://doi.org/10.1002/imbj.20295)

Simmons, J., Wijma, B., & Swahnberg, K. (2015). Lifetime co-occurrence of violence victimisation and symptoms of psychological ill health: A cross-sectional study of Swedish male and female clinical and population samples. *BioMed Central Public Health*, 15(1), 1-14. doi: [10.1186/s12889-015-2311-3](https://doi.org/10.1186/s12889-015-2311-3)

Slattery, T. L., & Meyers, S. A. (2014). Contextual predictors of adolescent antisocial behavior: The developmental influence of family, peer, and neighborhood factors. *Child & Adolescent Social Work Journal*, 31(1), 39-59. doi: [10.1007/s10560-013-0309-1](https://doi.org/10.1007/s10560-013-0309-1)

Stoddard, S. A., Zimmerman, M. A., & Bauermeister, J. A. (2012). A longitudinal analysis of cumulative risks, cumulative promotive factors, and adolescent violent behavior. *Journal of Research On Adolescence*, 22(3), 542-555. doi: [10.1111/j.1532-7795.2012.00786.x](https://doi.org/10.1111/j.1532-7795.2012.00786.x)

Stoddard, S. A., Whiteside, L., Zimmerman, M. A., Cunningham, R. M., Chermack, S. T., & Walton, M. A. (2013). The relationship between cumulative risk and promotive actors and violent behavior among urban adolescents. *American Journal of Community Psychology*, 51(1), 57-65. doi: [10.1007/s10464-012-9541-7](https://doi.org/10.1007/s10464-012-9541-7)

Swick, K. J., & Williams, R. D. (2006). An analysis of Bronfenbrenner's bio-ecological perspective for early childhood educators: Implications for working with families experiencing stress. *Early Childhood Education Journal*, 33(5), 371-378. doi: [10.1007/s10643-006-0078-y](https://doi.org/10.1007/s10643-006-0078-y)

Torgersen, S., Czajkowski, N., Jacobson, K., Reichborn-Kjennerud, T., Røysamb, E., Neale, M. C., & Kendler, K. S. (2008). Dimensional representations of DSM-IV cluster B

personality disorders in a population-based sample of Norwegian twins: A multivariate study. *Psychological Medicine*, 38(11), 1617-1625. doi: [10.1017/S0033291708002924](https://doi.org/10.1017/S0033291708002924)

U.S. Department of Commerce. Economics and Statistics Administration. U.S. Census Bureau, Puerto Rico Community Survey, 2012. Accedido el 28 de agosto, de 2016, desde <http://www.census.gov/programs-surveys/acs/data/pums.html>

Veltman, M. W. & Browne, K. D. (2001). Three decades of child maltreatment research, implications for the school years. *Trauma, Violence and Abuse*, 2(3), 215-239. doi: [10.1177/1524838001002003002](https://doi.org/10.1177/1524838001002003002)

Voith, L., Gromoske, A., & Holmes, M. (2014). Effects of cumulative violence exposure on children's trauma and depression symptoms: A social ecological examination using fixed effects regression. *Journal of Child & Adolescent Trauma*, 7(4), 207-216. doi:[10.1007/s40653-014-0026-8](https://doi.org/10.1007/s40653-014-0026-8)

Von Bertalanffy, L. (1968). *General System theory: Foundations, Development, Applications*. New York: George Braziller.

Zuñeda, A., Llamazares, A., Marañón, D., & Vázquez, G. (2016). Características individuales y familiares de los adolescentes inmersos en violencia filio-parental: La agresividad física, la cohesión familiar y el conflicto interparental como variables explicativas. *Revista De Psicopatología Y Psicología Clínica*, 21(1), 21-33. doi:[10.5944/rppc.vol.21.num.1.2016.15021](https://doi.org/10.5944/rppc.vol.21.num.1.2016.15021)